

*Los ojos del
Victoria.*

Cristina Bon



Los ojos del Victoria

"Ya lo tengo casi, ya está", dijo con esfuerzo mientras con las pinzas de las cejas de su hermana tiraba de la esquina del papel ocre. "Solo un poco más". Nelson sacó la punta de la lengua, y como si con esto consiguiera hacer palanca, tiró y extrajo el papel de su escondite.

Su madre se lo había advertido: "Nelson quiero la casa impecable cuando vuelva de visitar a tu tía". Él asintió cándidamente, pero ya había organizado una fiesta de inauguración con sus amigos. No todos los días uno se muda a una casa como esa, una de las que no caben en las fotos de Instagram. Sus amigos le preguntaban cómo se podían permitir una casa así únicamente con el sueldo de su madre. Se encogió de hombros. Él solo sabía que era una oferta que ella había encontrado, algo relacionado con que el dueño tenía prisa por vender.

Esa tarde, tras echar a los últimos rezagados que dormitaban en la alfombra, Nelson se puso a limpiar su casa a conciencia. Movié todos los muebles, buscando vasos y restos de cigarros. Cuando retiró un par de colillas de la repisa de la chimenea de piedra, asomado a una esquina, lo vio. Un papel atrapado. Intentó sacarlo con los dedos, pero estaba bien agarrado. Con toda la paciencia que le caracterizaba, al final consiguió extraerlo de su escondrijo. Desdobló el arrugado papel y se dispuso a leer.

Y ahí está, mirándome en la oscuridad. Aunque no lo vea, lo percibo. Allá donde esté, lo siento. Me sigue con su mirada de cristal roto, sus ojos verde moho, su cara ajada por el tiempo, atravesada de grietas por la edad, por las inclemencias del tiempo.

Ahí está.

No se cae, nada podrá con él. Ningún terremoto. Ninguna demolición. Ningún incendio.

Ahí está.

Me persigue. Lo sé. Me observa, me vigila. Porque yo sé su secreto. Yo sé el secreto. Pero es un secreto, y no puedo revelarlo. No puedo, porque tengo miedo. Pero en las noches siento su mirada. Me estoy volviendo loco. No como. No duermo. No nada. Tengo que contarle. Tengo que quitarme esta lápida de mármol que me aprisiona el cerebro.

Pero tú no me escuches. No sigas leyendo. Porque si lees, estás perdido. Si lees, tú también lo sabrás. Y entonces irá a por ti.

Insensato.

Nelson paró de leer. Se mordió la uña del pulgar, en un gesto involuntario que intentaba evitar desde los exámenes de la universidad. Notó algo alrededor. Un viento frío que se colaba por debajo de la puerta le hizo pensar en ir a por un jersey. La luz de la habitación había cambiado; en cuestión de segundos, se había hecho de noche. Dobló el papel. Se mordió el labio mientras jugaba a darle vueltas entre los dedos. Se sentó en el sofá apartando la aspiradora. Y siguió leyendo.

Todo ocurrió una noche calurosa de un por demás caluroso verano. La luna llena brillaba grande e infinita. Creo que no había estrellas. O quizás sí; algunos detalles se me escapan en la niebla del recuerdo.

Yo andaba por el centro, y era casi el único que recorría esas calles de madrugada. La extraña casualidad que me llevó a andar de noche por Yungay, no viene al caso. La vida a veces dispone las piezas de dominó, te pone a ti en el último lugar y con una carcajada empuja la primera ficha. Y no las ves venir. No las ves venir hasta que una a una se derrumban y la última te aplasta con todo su peso, dejándote moribundo y escupiendo sangre.

Apenas si me había cruzado con algún transeúnte en mi recorrido. Trastabillando hacia mí, una pareja intentaba guardar el equilibrio uno contra el otro. En el minuto que nos cruzamos, la mujer se humedeció lentamente sus rojos labios, y creí oír a mi espalda una oferta. Una barata. Apreté el paso con las manos en los bolsillos de mis jeans. Ellos doblaron la siguiente esquina y desaparecieron en la noche entre carcajadas ahogadas.

Una de las escasas farolas relampagueó justo cuando pasé por debajo, atrayendo momentáneamente mis sentidos con su hipnótico zumbido. Cuando mi vista volvió al frente, a unos veinte metros, una rata brotó de una alcantarilla.

El animal se giró hacia mí, y se puso de pie sobre sus dos minúsculas patas. Sus pequeños ojos resplandecían en la noche, mientras me enfocaban con su haz verdoso. No era demasiado grande, pero su visión me estremeció. A pesar del calor del ambiente, conforme avanzaba a su encuentro, un sudor frío empezó a recorrer mi espina dorsal.

Intenté pasar todo lo rápido y todo lo lejos que pude de ella, pero, al llegar a su altura, un resorte se movió en mi interior y contrariando a mi raciocinio, que gritaba por que la ignorara, me giré y enfrenté sus ojos relucientes. Y, aunque no me creas, imprudente lector, la

rata me sonrió. Lo juro por Dios, si es que Dios existe. La rata me enseñó su dentadura podrida y amarillenta, en una sonrisa que me heló la sangre.

Aceleré el paso, incluso puede que llegara a correr, no me avergüenza decirlo. Entonces lo oí, claramente. Pasos. La rata volaba en pos mía. Ahogué un grito y comencé a correr todo lo que daban de sí mis piernas.

El veloz bicho del diablo me recortaba terreno. Más que correr, saltaba, estirando todo su mugriento y grisáceo cuerpo. Podía notar el calor de su pestilente aliento en mis tobillos, esperaba a cada paso la dentellada, el dolor de sus colmillos hundiéndose en mi carne. Mi intención era llegar a la Plaza de Armas y protegerme entre sus ancianos árboles. Con el corazón agitado llegué casi al final de la calle, viendo tan cerca y tan lejos a la vez mi meta. Intenté mirar por encima de mi hombro y divisé su cola larga a escasos centímetros. No lo conseguiría. Al llegar a la altura del Teatro Victoria, mis pies pensaron por mí y salté hacia la izquierda. Me colé por la verja rota y subí los seis escalones de la entrada. ¡Ah! Cuan estúpido, pensar que el soportal me serviría de refugio.

La rata se paró frente a mí y ladeó la cabeza, desafiante. Yo apretaba mi espalda empapada contra la puerta, mientras veía su lengua rosada relamer su nauseabundo hocico.

Lo único que tenía que hacer era bajar los escalones que me separaban de ella y pegarle una patada en su blanda panza peluda como si fuera jugador de fútbol profesional. Ni siquiera le hubiera dado tiempo a morderme. No hubiera podido a través del cuero del zapato. La hubiese lanzado con todas mis fuerzas, la hubiese reventado por dentro, haciéndole escupir las tripas por su horrenda boca.

Pero estaba congelado. Un miedo irracional, inexplicable, que aún siento erizando mi piel, se había apoderado de mí. Esa rata no solo me miraba; me observaba, me calibraba.

Inconscientemente me apoyé con más fuerza sobre la puerta del teatro, buscando el candado con las palmas. Noté con estupor cómo la cadena de hierro se resbalaba del cerrojo entre mis manos sudadas. En el instante en que con un estruendo se quebraba contra el suelo, vi a la rata lanzarse contra mí, con la mandíbula abierta en una mueca de ira.

Tropecé cayendo hacia atrás, atestiguando con pavor como con saltos certeros el animal subía el tercer, el segundo escalón. Cuando abrió su boca para lanzarse directa a mi cuello acerté a alcanzar la hoja de la puerta y cerrarla de un golpe seco. Pam. Oí su cara estrellándose contra el acero. Apoyé las dos manos contra las planchas, con toda la fuerza que

pude concentrar en mis temblorosos brazos. Esperé a distinguir algún ruido, algún correteo al otro lado. Esperé. La luna, que se colaba por los múltiples agujeros del techo derruido, me ayudó a vislumbrar a mi derecha, entre la penumbra, lo que parecía una barra de hierro. No podía quedarme así toda la noche, pensé. Trabé la puerta por dentro y satisfecho sacudí las manos. Ingenuo.

Dentro todavía hacía más calor que en la calle. La trémula luz dejaba ver las siluetas de ruinas, de cajas de cartón. Avancé unos pasos. En las paredes que todavía quedaban en pie, algunos harapos de papel con dibujos difuminados colgaban de los muros. La curiosidad me pudo y me acerqué a unos de los que parecían más antiguos.

Los dos listones de madera que restaban del marco apenas si resistían pendientes de un hilo invisible. Pasé la mano por uno de los jirones que colgaba como un racimo marchito, y con la mano lo apoyé contra la pared, para intentar juntarlo con el resto de los desvencijados trozos de lo que a todas luces debió ser en algún tiempo un cartel promocional de una película. A mis pies crujieron cristales rotos. Entrecerré los ojos e intenté descifrar las erosionadas letras: "La silla del diablo, 1912".

A mi mente vino la historia que me había contado mi abuelo siendo yo apenas un chiquillo. El teatro debía haber sido estrenado en diciembre de 1928, pero el terremoto del primero de ese mes lo impidió. El temblor hizo estragos en las construcciones por toda la región, pero no movió un centímetro al Victoria. Los ingenieros a cargo se llenaron la boca diciendo que era una obra de arte de la arquitectura moderna. Pero Curicó es un sitio pequeño, y la gente habla. La gente desconfía. La gente sabe. Algunos decían que el edificio no se había caído porque estaba protegido con algún tipo de artimaña, y no de las arquitectónicas. Algunos decían que la elección del corto que inauguraba el teatro no era casual. Algunos se santiguaban cuando pasaban por la puerta, mirando de reojo los dos rostros de piedra que flanqueaban la fachada. Pero hacía tiempo de eso. Historias de viejos. Historias de huasos.

A mis espaldas escuché algo arrastrarse en la penumbra. Mis ojos enfocaron hacia las sombras, pero no conseguía distinguir nada más que un bulto entre algunas cajas de cartón. Quizás fuera ropa. Quizás no.

El viento silbó a través de los restos del tejado. Miré hacia arriba y me inundó el miedo a que se derrumbara y quedara aplastado. Negué con la cabeza. El edificio había sobrevivido a cuatro terremotos fuertes e infinitos temblores. No iba a derrumbarse de pronto.

Lo que tenía que hacer era buscar un sitio por el que salir. Podría volver a la puerta principal, la rata seguramente ya se habría ido. No es que fuera a estar haciendo guardia. Qué tontería, pensé mientras me frotaba las manos.

Sin embargo, miré hacia el fondo del teatro y decidí probar suerte por detrás. Quizás había una salida que diera al club de la Unión o al edificio de La Prensa.

La pálida luna llena apenas me guiaba entre los cascotes. Lo que quedaba de la sala de butacas del teatro, la cual yo nunca vi en funcionamiento, saludaba como un fantasma en el andén de una estación. En medio, un agujero dejaba ver el sótano: la cafetería donde a principios de siglo la jet set de la región tomaba champagne francés y se entremezclaba con las cupletistas que venían a alterar el cardiograma plano de los curicanos.

Pasé con cuidado por el borde; cualquier paso en falso me haría caer en el agujero. Cuando iba por la mitad, detrás mío, creí oír una risa. Me giré rápido, apoyando mi espalda en la pared. El viento y mis nervios me debían estar jugando una mala pasada.

Seguí avanzando, arrepintiéndome de no haber intentado la otra salida. A punto de salvar el último tramo que rodeaba el hoyo, un ruido sordo tronó, como si la tierra misma estuviera haciendo la digestión. Un ruido de algo quebrándose. Y la risa de nuevo. Lo juro. La risa justo un segundo antes de que empezara.

De que empezara a temblar.

Noté el conocido balanceo. Con pánico miré a mi alrededor: un sitio estupendo para estar durante un terremoto. La suave oscilación inicial se aceleró hasta convertirse en sacudidas de potro salvaje. La tierra se agitaba como queriendo sacarse los jinetes y las riendas de encima.

Apenas si conseguía permanecer en pie. El agujero estaba demasiado cerca, el piso crujió, y a mi alrededor empezaron a llover escombros. La ciudad entera se caía. Podía sentirlo, podía escucharlo. A través de los resquicios del techo, observé como el Club la Unión se ondulaba como un junco. Un estruendo sonó a mi derecha, y gran parte del edificio de La Prensa entró directo por mis fosas nasales hasta pavimentar mis pulmones.

Tenía que salir de allí, como fuera. En tres pasos llegué a la pared del fondo del teatro, donde en algún momento debió colgar la gran pantalla en cuya blanca superficie actores de Hollywood se besaban. La lluvia de concreto deshecho seguía cayendo a mi alrededor. Y la risa.

Esa risa que me rodeaba. El edificio temblaba en una carcajada, y yo me sentía en la tripa de la ballena. El teatro me estaba masticando.

Afuera, sirenas, gritos, y desplomes. Mi instinto me gritaba que saliera de allí lo antes posible. Tropecé y caí al suelo. El edificio aprovechó para lanzarme una tormenta de estacas. Escuché un grito agónico, aunque quizás fui yo el que gritó, no sabría decir. Podía sentir los cimientos abriéndose, dispuestos a tragar su bocado.

Mi visión en el ojo derecho se tiñó de borgoña. Apreté los dientes, notando el sabor a óxido que me llegaba desde la ceja. Concentrando toda mi fuerza en el estómago me levanté y desesperado, me lancé contra un agujero en un muro que se estaba derrumbando, sintiendo el mordisco del yeso y las esquirlas tatuando mi piel.

Aterricé sobre una cama de cristales que en algún momento habían pertenecido al muro que separaba la Unión del Victoria, e, ignorando el dolor de mi brazo, el cual había quedado doblado en un ángulo imposible, colgando de algo blanco que intuía era un tendón, eché a correr, una vez más.

Y de repente la convulsión cesó.

Volví a mi hogar a toda prisa, para comprobar si todavía restaba en pie.

En días posteriores, cuando el conteo mortal terminó y los edificios fueron inspeccionados, alguien me dijo que habían encontrado un vagabundo muerto en el interior del teatro. El Victoria sin embargo había sobrevivido. Una vez más.

Pero él no le quería a él. Fue solo su premio de consolación, porque yo conseguí escapar. Él me quería a mí. Porque yo sé su secreto. Yo sé cómo sobrevive con los años. Yo sé de qué se alimenta, terremoto tras terremoto.

Y ahora me busca a mí.

En las noches me despierto, y veo sus ojos en la oscuridad. La manda a recordarme que tarde o temprano vendrá a por mí. Que me calibra. Que me observa. Que me ha elegido. Que soy su próximo aperitivo.

Oigo sus pasos al escribir estas líneas, pronto notaré su aliento en mi nuca. Debo largarme, debo huir de su alcance... Pero sus pupilas, sus pupilas verdes están aquí, conmigo. Ya viene. Está aquí. Ahora. Y también contigo, oh lector incauto.

Pero qué has hecho...

Nelson cerró la hoja y sintió la boca seca. Fue a la cocina a por un vaso de agua. Decidió que había trabajado demasiado, su madre llegaría sobre las once del día siguiente así que tendría tiempo por la mañana de limpiar lo que faltaba. Se acostó en su cama y apagó la luz, dispuesto a borrar con el sueño el desasosiego de su interior. La resaca, se dijo.

Entonces lo notó. Unas patas pequeñas, sobre su estómago. Cerró los ojos con más fuerza, atribuyendo la sensación a su imaginación. En medio del silencio de la noche, clara y punzante, una carcajada tronó.

No quería, pero abrió los ojos. Y ahí estaban. Le observaban. Le calibraban. En medio de la oscuridad, unas pupilas verdes.

Pero qué he hecho...